

## **Talavera: la batalla que vieron los británicos**

**Charles J. Esdaile, Universidad de Liverpool**

La batalla de Talavera fue una de las acciones más sangrientas de la historia del Ejército británico en sus dos siglos de existencia antes de la Primera Guerra Mundial. En menos de veinticuatro horas el ejército del por aquel entonces Sir Arthur Wellesley perdió veintiocho (28) oficiales, seiscientos dieciséis (616) suboficiales y soldados muertos, con ciento cincuenta y cuatro (154) oficiales y tres mil trescientos cincuenta y cinco (3.355) suboficiales y soldados heridos. Sumando los cuatrocientos cuarenta y uno (441) ‘ausentes’ – la mayoría de ellos prisioneros – llegamos a un total de cuatro mil quinientas noventa y cuatro (4.594) bajas, o sea casi un veintitrés por ciento (23%) de los 20.194 *redcoats* que se enfrentaron a los huestes francesas alrededor del Cerro de Medellín aquel 27 de julio de 1809.<sup>1</sup> Waterloo – un combate tan terrible que uno de los participantes recordó que en un determinado momento llegó a creer que ésta iba a ser la primera batalla en toda la historia en que perecieran todos los presentes – costó unas 10.000 bajas británicas de un total de 24.000 presentes (es decir, unos cuarenta y dos por ciento -42%-). En la Guerra Peninsular solamente fue peor La Albuera (16 de mayo de 1811) donde cayeron muertos, heridos o prisioneros 4.156 oficiales y soldados de un total de 10.449 británicos presentes (un treinta por ciento -30%-), y, en términos del porcentaje solamente, Barrosa (5 de marzo de 1811), con 1.182 bajas de 4.885 presentes (un veinticuatro por ciento -24%-).<sup>2</sup> Peor todavía, no había pasado nada comparable en toda la historia del Ejército británico hasta aquel momento: aunque la Guerra de la Independencia Americana había visto unos combates en que los británicos habían perdido porcentajes comparables de sus tropas - fue la peor la batalla de Bunker Hill en donde las bajas llegaron a un treinta por ciento (30%) – el número de combatientes siempre había sido bastante reducido, siendo las únicas batallas parecidas las de la Guerra de la Sucesión Española cien años antes, en la peor de las cuales - Blenheim (13 de agosto de

---

<sup>1</sup> En estas cifras no se han tenido en cuenta las bajas del combate de la Casa de Salinas, el cual se libró la mañana del 27 de julio. Sumando éstas, cuatrocientos cuarenta (440) entre oficiales y otros empleos, se llega a un total de cinco mil trescientas sesenta y cinco (5.365) bajas.

<sup>2</sup> Para una guía conveniente a la estadística comparativa de las batallas de la Guerras Napoleónicas, vease D. Smith, *The Greenhill Napoleonic Wars Data Book* (London, 1998). En cada caso hay que notar que se han restado las bajas de los soldados portugueses y, en el caso de Waterloo, las bajas de los soldados belgas, holandeses y alemanes.

1704) – solamente cayeron 2.000 británicos, o un dieciséis por ciento (16%), de los 12.000 allí presentes.<sup>3</sup> Respecto a la Guerra Peninsular misma los únicos combates en que habían luchado los británicos hasta el momento – Roliça, Vimeiro, La Coruña y Oporto – se habían librado sin excesiva efusión de sangre. Para Gran Bretaña, pues, Talavera fue una introducción verdaderamente impresionante a una nueva época en la historia de la guerra – la época de los ejércitos de masas de las naciones en armas - y su impacto fue correspondientemente enorme. Por razones obvias aquel impacto fue particularmente fuerte entre los 20.000 soldados que presenciaron los combates del 27 y 28 de julio, siendo la intención de esta ponencia divulgar entre un público quizá algo desconocedor de las mismas las impresiones que sus experiencias (las de estos soldados) legaron a la historia.

Empezaremos, sin embargo, con algunos apuntes bibliográficos, y, en particular, con la procedencia del material en que vamos a basar nuestra discusión. En resumen, para cualquier historiador que quiera introducirse en la experiencia humana del ejército británico en la Guerra Peninsular, la fuente básica son las alrededor de 300 memorias, diarios y colecciones de cartas privadas publicadas bien por veteranos de las campañas en España y Portugal, bien por sus descendientes u otras personas interesadas. Aunque su calidad es bastante variable, constituyen estas obras una bibliografía que no tiene equivalente ni en España ni en Portugal, siendo la razón el hecho de que para Gran Bretaña, un país bastante mas avanzado en términos sociales y económicos que sus aliados peninsulares, las Guerras Napoleónicas fueron el primer conflicto de la época letrada. Así, en Gran Bretaña, con la extensión de la alfabetización como consecuencia sucesiva del progreso de la Revolución Industrial, los primeros años del siglo Diecinueve (XIX) vieron la aparición por primera vez de un mercado para nuevos libros, siendo además estos últimos ya mucho menos caros gracias a la introducción gradual de nuevas tecnologías de impresión. A la vez la sociedad inglesa no fue solamente una sociedad que, en su mayoría, sabía leer y escribir, sino también una sociedad intensamente politizada por más de diez años de debates ideológicos y de esfuerzo bélico; una sociedad, por tanto, profundamente interesada en el progreso de una guerra cuya importancia fue difícil ignorar. Muy rápidamente, entonces, aprendieron los veteranos de las campañas militares – un grupo que por un lado también fue más letrado que antes y por otro muchas veces tuvo muy pocos medios – que sus experiencias eran un producto rentable. Ilusionados, quizá, por el ejemplo de Sir Robert Wilson, un aventurero

---

<sup>3</sup> En otras batallas de la Guerra de la Sucesión Española, especialmente en la de Malplaquet, las bajas totales fueron peores que en Blenheim, pero incluso en Malplaquet el precio pagado por los británicos no igualó a lo de Blenheim.

inglés que literalmente hizo una fortuna por medio de escribir una historia sensacionalista de la invasión francesa de Egipto, un número de oficiales que habían servido en las primeras campañas inglesas de la Guerra Péninsular – esto es, las de Vimeiro y La Coruña – publicaron relatos personales de sus experiencias, y el éxito inmediato que consiguieron persuadió a muchos otros de la conveniencia de seguir su ejemplo (entre ellos al menos un oficial dado de baja desde el ejército como resultado de una herida sufrida en Talavera). Para la época de la caída de Napoleón, pues, habían aparecido alrededor de una docena de estas obras de primera mano, pero el verdadero auge de la tendencia no surgió hasta el fin de las Guerras Napoleónicas en 1815. Aquí vemos, primeramente, la influencia de la batalla de Waterloo, un combate verdaderamente épico que tuvo un impacto tremendo en la opinión pública, la cual ya se obsesionó con cualquier tema militar (se puede decir, incluso, que, quizá por una única vez en toda su historia, el ejército estaba de moda); en segundo lugar, el orgullo personal e institucional (quisieron jugar muchos soldados al *miles gloriosus*, o bien explicar o defender las reputaciones de sus regimientos); y, en tercer lugar, los efectos de la desmovilización del Ejército británico al final de la guerra (durante el conflicto habían ganado acceso al cuerpo de oficiales miles de hombres de familias relativamente modestas que ahora se encontraron en una situación mucha veces tremendamente difícil; mientras tanto, para los soldados rasos la vuelta a la vida normal fue dificultada enormemente por el hecho de que la paz coincidió con una enorme depresión económica). En los años que siguieron a Waterloo, por tanto, se vio la publicación de más de 200 libros sobre la guerra, siendo los tres tipos básicos: memorias escritas en un momento más o menos distante de las experiencias ibéricas del escrito, diarios privados escritos durante la guerra misma, y colecciones de cartas a amigos y familiares en Gran Bretaña también escritas desde la primera línea de fuego. Y no paró el torrente de publicaciones con la muerte, uno tras otro, de los veteranos de Moore y Wellington. Al contrario, en aquellos casos en que no habían publicado nada, sus hijos y nietos muchas veces intentaron conmemorar su memoria por medio de la publicación de colecciones de sus escritos, y el proceso se extendió casi infinitamente con el descubrimiento posterior de manuscritos olvidados que siguen viendo la luz hasta casi literalmente el día de hoy.<sup>4</sup>

Pese a todos los beneficios que nos ofrece esa colección de material – colección que, por desgracia, no tiene equivalente en España – su uso presenta varios problemas. En primer

---

<sup>4</sup> Por desgracia, no existe una bibliografía completa de las memorias y otras obras publicadas por los veteranos ingleses de la Guerra Peninsular. Sin embargo, para un comienzo útil, véase R. Burnham, “British memoirs of the Napoleonic Wars”, <[http://www.napoleon-series.org/research/eyewitness/c\\_british.html](http://www.napoleon-series.org/research/eyewitness/c_british.html)>. Para una colección de obras editadas en los últimos años, véase <<http://garethglovercollection.com>>.

lugar, está el simple hecho de que la memoria no es fiable: con el paso de los años el ser humano no puede menos que olvidar mucho y confundir más aún. Al escribir sus memorias, pues, incluso los soldados más honestos podían cometer grandes errores, y tanto mayores si escribían veinte o treinta años después de los hechos. Y además, por cierto, no todos los veteranos fueron veteranos honestos: algunos quisieron representarse ellos mismos y a sus regimientos bajo la mejor luz posible; quisieron contar una buena historia; quisieron vender libros. Al mismo tiempo, aun cuando no inventaran descaradamente, estuvieron escribiendo bajo muchas diferentes influencias que en algunos casos tendieron a distorsionar sus percepciones. Hay que recordar que a la hora de participar en los hechos que describieron, por lo normal solamente tenían acceso a una vista muy restringida de la situación, y así no podían menos que ser vulnerables a todo tipo de rumor y malentendido. En segundo lugar fueron productos de un ambiente particular – en este caso varonil, británico y sin excepción protestante – y, por tanto, cargado con una variedad de preconcepciones y prejuicios que no podían menos que afectar aspectos muy importantes de su presentación de los hechos. Y en tercer lugar no estaban escribiendo en vacío, sino en un ambiente compartido con muchos otros escritores, cuyos escritos en algunos casos ofrecieron una versión diferente de los hechos, siendo el resultado, sin pretenderlo, una confusión absoluta en la que nadie podía estar seguro de lo que había visto o de lo que debía decir. Con el asunto complicado incluso más por la publicación de varias historias de la Guerra Peninsular – las dos más importantes fueron las de Robert Southey y, especialmente, William Napier – la verdad es que el historiador que se fiase en cualquiera de estas obras como si fuera un relato preciso de, por ejemplo, la batalla de Talavera, estaría pisando terreno muy peligroso. Sin embargo, dicho esto, todavía es posible leer esa bibliografía memorial con mucho provecho. Tomamos el caso de un soldado inglés que participó en la retirada desde Salamanca a Ciudad Rodrigo en noviembre de 1812: a la hora de escribir sus memorias es difícil creer que podría reproducir una cronología exacta de la marcha, pero a la vez es totalmente posible creer que no habría olvidado ni el frío, ni el hambre, ni el temor de aquellos días. Y de aquí se sigue una conclusión obvia: en que podemos utilizar las memorias para reconstruir la experiencia humana de la Guerra Peninsular, y, a la vez, convertir una narrativa seca de una batalla en algo mucho más vivo y, de esta manera, entendible.<sup>5</sup>

Pasamos, entonces, a nuestra reconstrucción de la batalla. Para cumplir esta tarea, por razones de tiempo, será imposible contar la historia entera de los combates del 27 y 28 de

---

<sup>5</sup> Para una discusión interesante de alguno de los problemas que presentan las memorias británicas como fuente, vease C. Oman, *Wellington's Army, 1809-1814* (London, 1913), pp. 16-31.

julio de 1809, en vez de lo cual se limitará esta ponencia a trazar el curso general de los hechos, en la esperanza de que en las conmemoraciones talaveranas ya se habrá dicho bastante sobre la narrativa militar. Sin embargo, brevemente, la batalla de Talavera fue el resultado de una ofensiva anglo-española frustrada sobre un Madrid en aquel momento ocupado por los franceses. Habían avanzado juntos los ejércitos de Sir Arthur Wellesley y Gregorio García de la Cuesta por la valle del Tajo hasta Talavera, pero en aquel lugar el general inglés había parado su marcha por falta de suministros. Muy enojado, su contraparte español había seguido en camino hacia la capital un día más, pero el 26 de julio había tenido que retirarse hacia Talavera otra vez como resultado de la aparición repentina de un ejército inmenso de franceses compuesto por los cuerpos del Mariscal Victor y del General Sebastiani, además de la reserva de caballería y la reserva central de José Bonaparte mismo. Después de un día de combates confusos los españoles se retiraron hacia Talavera desde la línea del Río Alberche, algunos kilómetros al este de la ciudad, protegidos por una división que se envió a ocupar la posición de la Casa de Salinas; en el curso de la tarde ocuparon las fuerzas aliadas una posición en parte protegida por el Arroyo Portiña entre Talavera misma y el Cerro de Medellín con los británicos a la izquierda y los españoles a la derecha. Siguieron unas horas bien inquietas. Llegaron más y más tropas francesas frente a las posiciones aliadas, y sus baterías empezaron a tirar sobre los defensores, cuyos cañones respondieron a la vez. ‘Fue una vista hermosa,’ escribió Augustus Schaumann, un comisario alemán con destino en el ejército de Wellington. ‘Sobre el cerro a la derecha [es decir, el Pajar de Vergara] se percibió al ejército español, desplegado en tres líneas, mientras que en la gran llanura a la izquierda el ejército británico estaba desfilando exactamente como si se encontrara en una plaza de armas. La caballería inglesa había incendiado un antiguo vivac francés compuesto de cabañas bien construidas, y también varios campos de trigo, y las llamas resultantes de los incendios, por no mencionar las enormes nubes de humo, añadieron considerablemente al terror y majestad del escenario.’<sup>6</sup> Mientras tanto, cubierto por un imponente cañoneo – ‘Por todo este periodo los franceses mantuvieron un fuego continuo de balas y obuses, y sus proyectiles cayeron entre nosotros con mucha rapidez’, escribió Charles Leslie, un alférez en el Regimiento No. 29 (el Regimiento de Worcestershire). ‘Se nos ordenó echarnos a tierra hasta que se terminara el bombardeo.’<sup>7</sup> - hasta bien avanzada la tarde, avanzaron algunos tiradores y jinetes franceses con el intento de establecer la situación exacta de los defensores en aquellas zonas de la línea que se encontraron a cubierto. Fue el resultado

---

<sup>6</sup> E. Ludovici (ed.), *On the Road with Wellington: the Diary of a War Commissary* (London, 1924), p. 183.

<sup>7</sup> C. Leslie, *Military Journal of Colonel Leslie, K.H., of Balquhain, 1807-1832* (Aberdeen, 1887), p. 143.

un descalabro algo peligroso. Se ha exagerado tanto este incidente en la historiografía inglesa que vale la pena ofrecer la versión de los hechos que nos ofrece un testigo, siendo este testigo Samuel Whittingham, un oficial británico de enlace destinado al cuartel general de Cuesta:

A las diez de la tarde los franceses enviaron partidas de tiradores con instrucciones de mantener un fuego ... constante sobre nuestras líneas, probablemente con el intento de establecer su posición. Muy alarmados, nuestros jóvenes soldados ... abrieron un fuego tan pesado y bien nutrido que Sir Arthur, que había llegado entonces, dijo 'Whittingham, si tiraran mañana exactamente con la misma firmeza, el día será nuestro, pero, dado que me parece que no hay muchos blancos en este momento, me sería muy grato si usted intentara pararles.' 'He intentado conseguir precisamente la misma cosa hace un momento,' le respondí, 'pero en vano.' En este mismo momento los tres batallones se pusieron tan nerviosos al sonido de su mismo ruido que les cogió un pánico tan grande que salieron corriendo todos a la vez.<sup>8</sup>

No es el caso, entonces, que todo el ejército español saliera corriendo como han insistido algunos autores ingleses. Sin embargo, parece que había mucha confusión en la retaguardia aliada y que el pánico a que refiere Whittingham no se limitó a los tres batallones mencionados aquí. Escribió George Bowles, un teniente en el Regimiento de Guardias de Infantería No. 2 – los llamados 'Coldstream Guards':

Estando de guardia en el pueblo y oyendo el tiroteo (que comenzó sobre las tres de la tarde), ascendí a la torre más alta con uno o dos oficiales del estado mayor, y desde allí conseguimos una vista perfecta de todo el ejército francés; alrededor de 45.000 hombres; estaban avanzando con a gran velocidad en tres columnas, flanqueadas y cubiertas por su caballería, infantería ligera y artillería a caballo. Al mismo tiempo se podía ver [al ejército británico] abandonando su campamento para adoptar una nueva posición, y las tropas ligeras de ambos bandos luchando en orden de escaramuza en el espacio intermedio. La confusión en el pueblo excedió a cualquiera cosa que nunca había visto, y en algunos casos fue verdaderamente ridícula. Puesto que a su ejército se le había derrotado en todas las acciones generales en que había luchado, los españoles no anticiparon ninguna idea de cualquier otro resultado, y como consecuencia los habitantes se echaron al camino con todo la prisa posible. Algunos pocos que pensaron en quedarse

---

<sup>8</sup> Cit. F. Whittingham (ed.), *A Memoir of the Services of Lieutenant General Sir Samuel Ford Whittingham* (London, 1868), p. 98.

tomaron gran cuidado de no dejar nada en sus casas que pensaron que no les gustaría ver a los franceses, y la consecuencia fue que se tiró un número considerable de fusiles viejos, espadas y pistolas a las calles. Habiendo recibido órdenes enviándole a la retaguardía, todo el bagaje del ejército español entró en el pueblo y lo llenó por completo. Una parte de la artillería con sus carros de municiones *que había recibido las mismas órdenes* [cursiva en el original] hizo todo lo que pudo para añadirse a la confusión, y, aunque se la ordenó volver, encontró grandes dificultades en cumplir con aquella instrucción. Las calles que daban acceso al ejército británico se encontraron tan completamente bloqueadas que pasarlas era enteramente impracticable, y, así, cuando alrededor de las seis de la tarde, el piquete del que era miembro recibió orden de reunirse con el regimiento, se nos obligó hacer un desvío considerable por las dehesas al oeste del pueblo. Al hacer esto, para nuestro gran asombro, casi nos deshicieron varias brigadas de infantería española que se habían desbandado, corriendo con toda prisa en el estado de confusión mas completo imaginable, tirando sus armas y emitiendo gritos de terror, con sus oficiales ... dándoles el ejemplo. Pensamos, entonces, que se había concluido el asunto y que se había derrotado totalmente a nuestros ejércitos, y como resultado a cada instante esperamos ver la llegada de la caballería francesa. Sin embargo, prosiguiendo con nuestra ruta, para nuestra sorpresa encontramos ambos ejércitos desplegados en formación de batalla a una distancia de casi una milla [a nuestra derecha], y que aquellos bravos héroes (que habían formado una parte de la reserva) habiendo decidido que era ya buen momento de retirarse en cuanto comenzó el tiroteo y apenas vieron unos pocos heridos traídos hacía la retaguardia.<sup>9</sup>

Las muchas señales de confusión en la línea aliada alentaron al más alto mando francés presente en el campo de batalla, el Mariscal Victor, a intentar un ataque nocturno. A las diez de la tarde, entonces, la división de infantería del General Ruffin atacó el Cerro de Medellín. Consiguieron los franceses algún éxito, y el General Hill, cuya división tenía la responsabilidad de defender al cerro, casi cayó prisionero. Pero se organizó muy rápidamente un contraataque, y después de una lucha feroz la situación se estabilizó con muchas bajas en los dos bandos. Uno de los participantes en el combate fue Charles Leslie:

---

<sup>9</sup> G. Bowles a Lord Fitzharris, 30 July 1809, *cit.* Third Earl of Malmesbury (ed.), *A Series of Letters of the First Earl of Malmesbury, his Family and Friends, from 1745 to 1820* (London, 1870), II, pp. 123-5. Debo mi conocimiento de esta carta a mi buen amigo y compañero, Gareth Glover, editor de toda una colección de fuentes británicas poco conocidas (para su catálogo, vease la nota No. 4).

Inmediatamente se ordenó al regimiento No. 29 desplegarse en orden abierto, y, hecho esto, el regimiento subió al cerro para atacar al enemigo ... Sin parar, nuestra ala izquierda hizo una brava carga y, después de una lucha corta pero encarnizada, echó a los franceses del cerro. Luego, formamos en línea y avanzamos oblicuamente hacia la izquierda, y abrimos fuego sobre las reservas francesas que venían en apoyo de sus camaradas derrotados. Esta acción decidió el asunto: enteramente deshecho, el enemigo se puso a correr en estado de confusión, dejando la tierra esparcida con sus muertos, moribundos y heridos (entre ellos el coronel del Regimiento ligero No. 9) y grandes cantidades de armas y equipo. Durante este combate ... nuestras compañías de la derecha habían quedado sobre las faldas del cerro en una posición algo más baja. Podíamos ver a otra columna francesa avanzando hacia arriba: estaban pasando por nuestro frente con sus tambores redoblando la carga, y pudimos oír a sus oficiales dando órdenes y animando a sus hombres con gritos de '¡Adelante, franceses! ¡Adelante, mis muchachos!' Pero nuestras descargas bien dirigidas ... pararon su progreso, y, completamente destrozada, la columna se retiró consternada.'<sup>10</sup>

Siguió una noche marcada por tiros esporádicos por todos lados. Uno de los soldados desplegados en el Cerro de Medellín fue Thomas Bunbury, un alférez del Regimiento de Infantería No. 3 (el Regimiento de West Kent): 'Pasamos una noche una noche muy inquieta en medio de los muertos y los gemidos de los heridos franceses cuyos sufrimientos no pudimos aliviar. Hizo un frío intenso, y estuve muy contento de echar mano del capote de algún pobre individuo que ya no tenía necesidad de él. Con éste, y también con mi bandera [Bunbury era el que portaba una de las dos banderas, que, como cualquier otro, tenía su batallón] que yo enrollé alrededor de mí, intenté dormir ... pero nos despertaron varias veces durante la noche para ponernos sobre las armas.'<sup>11</sup> Y el amanecer se presentó más belicoso todavía. Charles Leslie, por ejemplo, también se encontraba en el Cerro de Medellín:

Ningún sonido bélico rompió la paz de la mañana: un silencio solemne prevaleció en ambos bandos. Nuestra vista era extensa, y la escena que se nos presentó tan imponente como sublime. Estábamos contemplando todo esto cuando Sir Arthur Wellesley llegó a caballo a la retaguardia de nuestro regimiento ... y, dirigiéndose al frente, pareció mirar al enemigo con gran seriedad. Más o menos al mismo

---

<sup>10</sup> Leslie, *Military Journal*, pp. 143-4.

<sup>11</sup> T. Bunbury, *Reminiscences of a Veteran, being Personal and Military Adventures in Portugal, Spain, France, Malta, New South Wales, Norfolk Island, New Zealand, the Andaman Islands and India* (London, 1861), I, p. 41.

tiempo vimos a José Bonaparte ... dirigiéndose al galope hacia las grandes masas de franceses en nuestro frente acompañado por un gran estado mayor. Reinaba todavía un silencio tenso, pero de repente vimos el humo de un solo cañón subiendo por el aire. Siguió el ruido, y pareció que ésta era la señal para hacer marchar las columnas enemigas. No se nos mantuvo en suspenso much tiempo: en un momento se nos sometió a un bombardeo tremendo.<sup>12</sup>

Sobre el Cerro de Medellín los defensores pudieron encontrar alguna protección frente a este fuego, pero en el centro de la línea la situación fue bien diferente. Andrew Pearson estaba en las filas del Regimiento No. 61 (el regimiento de South Gloucestershire):

Mi compañía estaba maniobrando para desplegarse en línea cuando mi capitán me dijo que debía cerrar filas a la derecha. Justo en ese momento ... una bala de cañón atravesó los cuerpos de los dos hombres a mi lado, y les mataron a ambos. Uno de sus mosquetes me golpeó al vientre y me dejó inconsciente por algún momento ... Un sargento vino a ayudarme pero inmediatamente después recibió un impacto que le derribó seis pasos hacia la retaguardia. Corrí hacia él enseguida y le pregunté si estaba herido de muerte. Para mi sorpresa su respuesta fue que su mochila paró la bala. Y así fue: cuando miré la mochila encontré una bala de doce.<sup>13</sup>

También en el Regimiento No. 61 formaba otro soldado raso llamado Samuel Wray. Un verdadero veterano – tenía trece años de servicio – Wray escribió del cañoneo con poca emoción aunque él sufrió un susto casi tan grande como el de Pearson:

La mañana del 28, al amanecer, los franceses comenzaron a disparar ... Ordenaron a nuestro regimiento retirar y proteger a nuestros cañones por si acaso venía alguna caballería francesa ... A cien pasos de los cañones recibimos la orden de echarnos al suelo. Las balas francesas cayeron entre nosotros, y de esta manera perdimos casi cuarenta hombres. Yo era el último hombre a la derecha en la segunda fila de mi compañía, y, mientras estábamos allí tendidos, una bala pasó al lado de mi hombro derecho y golpeó al capitán en un pie; la distancia entre nosotros era como de cuatro pulgadas. Alrededor de las diez los cañones franceses cesaron su fuego, y se nos ordenó ponernos de pie. Sobre la tierra quedaron varios hombres que habían perdido secciones de sus cráneos a

---

<sup>12</sup> Leslie, *Military Journal*, p. 147.

<sup>13</sup> Haley, *The Soldier who Walked Away*, pp. 67-8.

causa de los fragmentos de los obuses: no estaban completamente muertos todavía y se les vió intentando aspirar aire cada dos o tres minutos.<sup>14</sup>

Cubierta por el fuego de sus cañones, avanzó la división de Ruffin otra vez sobre el Cerro de Medellín donde Leslie se encontró en medio de un combate encarnizado:

Pudimos ver ... a los tiradores franceses ... avanzando rápidamente, y, por detrás, las columnas enemigas poniéndose en movimiento ... Consciente de la fuerza abrumadora que se nos echaba encima, el General Hill dio ordenes para que se retirasen nuestros propios tiradores, y las cornetas sonaron al efecto. Los tiradores volvieron y se unieron a nuestra formación con toda la regularidad del ... ejercicio, pero, mirando esto, el general exclamó: ‘Al carajo con su desfile: que se nos unan como sea.’ Para cubrir al avance de sus columnas, el enemigo mantuvo un cañoneo tremendo, y esto se hizo tan destructivo que se nos ordenó echarnos a tierra ... Por fin las columnas de ataque francesas llegaron cerca de nosotros ... Inmediatamente el general con mando de nuestra brigada ... dijo: ‘¡Ahora Veintinueve (29º)! ¡Ahora es vuestro momento!’ Sin dudarlo, nos pusimos en pie, dimos tres vivas tremendos, y abrimos fuego, dándoles varias descargas bien dirigidas ... Entonces, se nos ordenó cargar ... Al frente marchamos, una muralla de corazones valientes y bayonetas afiladas. No les gustó a los franceses la idea de llegar mano a mano con nosotros. El mismo momento del primer ímpetu, empezaron a vacilar, y en seguida nos mostraron la espalda. Aunque la mayor parte se dieron a la fuga, algunos pocos valientes de vez en cuando nos ... dirigieron un fuego irregular. Sin embargo, les seguíamos entre tiros y vivas.<sup>15</sup>

Cayó Leslie en el momento de la victoria con una bala en el muslo derecho, pero la derrota que sufrieron las tropas de Ruffin habían sido muy elevadas: cayeron al menos 1.300 soldados franceses. Siguió después un largo período de reflexión en que el Rey José y los generales franceses conferenciaron sobre el curso de acción que más les convenía. El rey, su

---

<sup>14</sup> S. Wray, *The Military Adventures of Private Samuel Wray, Sixty-First Foot*, ed. G. Glover (Cambridge, 2009), p. 23; otra vez debo mi conocimiento de este extracto a la generosidad de Señor Glover.

<sup>15</sup> Leslie, *Military Journal*, pp. 147-8. Aquí es interesante comparar con la historia de Thomas Bunbury, cuyo batallón luchó al lado del Regimiento No. 29: ‘Los franceses atacaron el cerro en que estuvimos apostados, otra vez, y la cabeza de su columna contactó con la compañía de granaderos y la primera compañía de línea (la del Capitán White) ... Viendo esto, el oficial que llevaba la bandera del rey me llamó a seguirle. Nos pusimos, pues, a la cabeza de los granaderos, mientras que las compañías No. 1 y No. 2 giraron a su derecha y, envolviendo al enemigo, le impidió formar en línea. Pareció durante un momento que ni los unos ni los otros iban a ceder la posición ... Por fin sonó una trompeta francesa, y, tomándola como señal de retirada, nuestros soldados respondieron con un viva. Inmediatamente el enemigo se retiró en el desorden más grande.’ (Bunbury, *Reminiscences of a Veteran*, I, pp. 42-3; curiosamente, Bunbury sitúa este episodio en la tarde, pero es claro que se refiere al asalto de la mañana.)

jefe de estado mayor, Mariscal Jourdan, y el General Sebastiani quisieron abandonar el combate, pero Victor insistió en la necesidad de proseguirlo, y, por fin, un serie de factores – entre ellos miedo a la cólera del emperador – persuadieron a todos que era imprescindible seguir luchando. Al cabo de un rato, pues, avanzaron los franceses de nuevo. Para ser breves, el plan fue que las divisiones de infantería de Leval, Rey y Lapisse atacaran el centro del despliegue aliado mientras que la división del General Ruffin intentaba rodear el Cerro de Medellín por medio del valle que existe al norte del mismo. En reserva estaba una masa de caballería cuya tarea sería explotar cualquier éxito que ganaran los infantes; es notable que casi todo el peso del ataque tendría forzosamente que caer sobre los ingleses: porque su despliegue se extendía un poco al sur del Pajar de Vergara, la división de Leval necesariamente atacaría a los españoles, pero la mayoría del ejército de Cuesta iba a encontrarse libre de otros enemigos salvo por una división de dragones, la cual nunca hizo nada más que asegurar que el Ejército de Extremadura no se moviera para atacar a Leval por su flanco izquierdo (en justicia a Cuesta, sin embargo, hay que decir que, en respuesta a una petición de Wellington, envió dos divisiones - una de infantería y una de caballería - a apoyar la izquierda del despliegue aliado, además de enviar una batería de cañones de a doce al Pajar de Vergara).

El nuevo ataque empezó sobre las dos de la tarde con otro bombardeo feroz. Estaba Schaumann cerca del Pajar de Vergara:

Añadido al zumbido ... de las balas, el ruido de la artillería en un ataque así parece como una tormenta muy terrible en que rayos de relámpagos y estampidos de trueno se siguen en sucesión rápida, y causan a la tierra misma, por no decir al corazón en tu pecho, temblar y estremecerse ... Un polvorín español explotó en frente de nuestra caballería, y uno de los artilleros voló por el aire con los brazos y piernas extendidas como una rana.<sup>16</sup>

Después de una media hora de este fuego preparativo, avanzó la infantería. El plan era combinar los movimientos de las tres divisiones, pero dado la extensión de la línea fue imposible conseguir esto, siendo el resultado que la división de Leval llegó al contacto con los defensores un poco antes que las de Rey y Lapisse. Muy obstaculizado por los olivares y las huertas que ocultaban la posición española, la brigada que se encontró más a la izquierda se quedó estancada en un intercambio de fuego con varios batallones españoles y como resultado consiguió muy poco, pero el resto de las fuerzas de Lapisse mostró mas

---

<sup>16</sup> Ludovici, *On the Road with Wellington*, p. 185.

determinación. John Cooper fue un soldado raso en el regimiento de infantería No. 7 (los Royal Fusiliers):

Nuestro regimiento se puso a pie e hizo frente al enemigo ... pero, siendo todos nuestros hombres soldados bisoños, las filas vacilaron por un momento. Viendo esto, nuestro coronel, Sir William Myers, inmediatamente se bajó de su caballo, y, agarrando una de las banderas, gritó, ‘¡Vamos, fusileros!’ Fue bastante. Acompañado por el Regimiento No. 53, los Fusileros se lanzaron al ataque, e hicieron un fuego tan grande que en breves momentos los enemigos se habían desvanecido, abandonando a seis piezas de artillería que no habían tenido tiempo de desplegar.<sup>17</sup>

Justo en el momento en que se replegaron las tropas de Leval, las divisiones de Rey y Lapisse llegaron al contacto con los defensores – exactamente con las brigadas de Campbell, Cameron, Langwerth y Lowe, o sea, con la división entera del General Sherbooke. Pese a lo imponente de la fuerza atacante, los defensores no mostraron ni miedo ni duda, lo que pasó fue contado en muy pocas palabras por Anthony Hamilton, un soldado raso en el Regimiento No. 43 que en ese momento se encontraba en el Cerro de Medellín con uno de los dos ‘batallones de destacados’ – es decir, unidades improvisado con grupos de hombres sueltos que se había separado de sus propios regimiento – que estaban presentes con el ejército: ‘Los atacantes avanzaron ... con gran resolución y en el orden más impresionante, pero les hicieron frente nuestras tropas con su firmeza habitual. La división entera avanzó para encontrarles, haciendo un fuego tan dañoso como molesto, y sus filas se rompieron muy rápidamente, con lo cual se dieron a la fuga.’<sup>18</sup> Presente en las filas en el sector más amenazado por los enemigos, mientras tanto, estuvo Andrew Pearson: ‘Los franceses ... pasaron el arroyo y avanzaron hacia nosotros ... Esto fue demasiado para nosotros, y no pudimos quedarnos echados en el suelo más. Poniéndonos de pie, dimos el viva inglés bien conocido, y cargamos hacia ellos. Este fue un movimiento que no esperaban, e inmediatamente se volvieron sobre las densas columnas que habían quedado detrás de ellos.’<sup>19</sup>

En este momento, pues, la ventaja estaba de parte de los aliados, pero entoces cayeron los británicos victoriosos en un error crucial. En vez de formar sus líneas otra vez, los soldados de las brigadas de Lowe, Langwerth y H. Campbell persiguieron a los franceses a

---

<sup>17</sup> J. Cooper, *Rough Notes of Seven Campaigns in Portugal, Spain, France and America during the Years 1809-10-11-12-13-14-15* (London, 1869), p. 21.

<sup>18</sup> A. Hamilton, *Hamilton's Campaign with Moore and Wellington during the Peninsular War* (Troy, New York, 1847), p.79.

<sup>19</sup> Haley, *The Soldier who Walked Away*, p. 69.

cierta distancia y así se hicieron vulnerables a un contraataque. Éste no tardó en organizarse, y en breve varios batallones que habían quedado en reserva se lanzaron sobre los desordenados ingleses. El resultado fue un desastre: muchos soldados cayeron muertos o heridos, mientras que los franceses también cogieron a varios cientos de prisioneros. Para una versión algo saneada de lo que pasó, podemos citar al Teniente Bowles:

Con muy poca cautela la brigada de guardias avanzó hasta unos cincuenta pasos de un bosque denso ocupado en gran número por el enemigo, y donde este último tenía toda ventaja. Empezó un fuerte fuego de mosquete con el que las bajas en ambos bandos fueron altas. En medio de esta situación, el General Sherbrooke se encontró con que las tropas también estaban expuestas al fuego de flanco de dieciseis piezas de artillería, y como resultado ordenó a la división volver a su posición original. Sin embargo, inevitablemente, al ejecutar esta orden se experimentó alguna confusión, como resultado en parte de la naturaleza del terreno y en parte por la necesidad de retirarse en una dirección oblicua para evitar el fuego de flanco del enemigo, añadido a todo lo cual las tropas se encontraron atacadas a una distancia de cincuenta pasos por una línea de franceses que abanzaban, y que creyeron que la victoria ya estaba decidido en su favor.<sup>20</sup>

No fue Bowles el único oficial de la brigada de guardias que intentó ofuscar lo que pasó. También John Aitchison, un alférez en el segundo batallón del Regimiento de Guardias de Infantería No. 3 – las ‘Scots Guards’ – que en Talavera ocupó un puesto de honor en las filas de aquel cuerpo en que tenía la tarea de llevar una de sus dos banderas:

En el centro, donde el enemigo por fin hizo su esfuerzo principal, cargamos cuando estaba a unos cien pasos, y reservamos nuestro fuego para el momento en que ya estaba en retirada. El enemigo no nos esperó – lo arrollamos todo – pero, por desgracia, la infantería de la Legión Alemana [del Rey], que formó la izquierda de nuestra división, desistió en su ataque ... Así la impaciencia de nuestros hombres en avanzar sin apoyo mas allá de la distancia planeada fue casi fatal: apenas pasado el arroyo en nuestra frente resultó que el enemigo, percibiendo que las tropas a nuestra izquierda estaban paradas, nos atacó por este flanco con las columnas que habían estado en retirada en este sector. Mientras tanto, también avanzaron otras columnas estacionadas ... en un bosque en nuestro

---

<sup>20</sup> G. Bowles a Lord Fitzharris, 30 July 1809, *cit.* Malmesbury, *A Series of Letters*, II, pp. 127-8.

frente ... Con nuestras filas ya disminuyendo muy rápidamente, fue imposible mantener el avance, y, como resultado, hicimos frente hacia atrás y nos retiramos hasta el arroyo con menos prisa y en mejor orden que habíamos avanzado. Aquí resistimos de nuevo e hicimos gran ejecución, pero, habiendo el enemigo avanzado con todas las tropas que habían estado en retirada, con el apoyo de las fuertes columnas que habían quedadas escondidas en el bosque, se decidió que era necesario retirarse de nuevo ... Con el enemigo ya a unas pocas yardas, el estrago fue grande y por algunos momentos nos quedamos en un estado de confusión. Fue en este ataque donde fui herido. En consecuencia poco después tenía que abandonar el campo de batalla, pero no antes que nuestros soldados formaran de nuevo alrededor de sus banderas como si todo fuera un mero ejercicio tras haber abierto un fuego destructivo sobre el enemigo.<sup>21</sup>

Fue este momento la verdadera crisis de la batalla. Con sus formaciones rehechas otra vez, no solamente las divisiones de Rey y Lapisse volvieron al asalto, sino también la de Leval. En el sector de la línea atacado por Leval, había poco peligro: la división británica del General A. Campbell hizo una resistencia obstinada, mientras que los españoles también mostraron mucho coraje. Como escribió Whittingham en sus memorias:

Las mismas tropas que algunas horas antes se habían asustado de su mismo fuego ahora lucharon como unos leones. A los franceses les recibieron en una línea de batallones desplegados *en echelon* con la izquierda adelantada, y su ataque fracasó totalmente. Un regimiento de caballería española cargó a la línea enemiga con gran éxito. Sufrió el coronel que dirigió a la carga un brazo roto por una bala de mosquete, pero el efecto fue decisivo.<sup>22</sup>

Sin embargo, en el sector del General Sherbrooke la situación fue enteramente distinta. En el centro la brigada del General Cameron – la fuerza con la que estaban luchando Pearson y Wray – se había parado en la línea del Portiña, y consiguió parar a la carga francesa sin dificultad (en general, ya muy cansados, las fuerzas imperiales mostraron mucho menos energía en este segundo ataque). Como recordó Wray; ‘Avanzamos con las armas al hombro – los franceses, a cambio, lo hicieron disparando – hasta una distancias de unas 200 yardas,

---

<sup>21</sup> J. Aitchison a W. Aitchison, 29 y 31 de Julio de 1809, *cit.* W.F.K. Thompson, *An Ensign in the Peninsular War: the Letters of John Aitchison* (London, 1981), pp. 53-7. En esta situación, y en ésta solamente, el autor de esta ponencia se encontró en la necesidad de juntar dos cartas separadas, siendo la tarea de hacer uso del extracto citado aún mas complicado por el lenguaje retorcido en que se las escribió; sin embargo, la version aquí presentada refleja en una manera fiel las intenciones de Aitchison. Respeto a la herida a la que hace mención, se trató de una contusion severa en su hombro derecho que al final se curó sin dificultades.

<sup>22</sup> *Cit.* Whittingham, *Memoir*, p. 99. Fue esta unidad el Regimiento de Caballería de Línea del Rey.

en cuyo punto nuestros clarines tocaron a la carga. Nos movimos ya a paso redoblado, y, con la distancia reducida a cien yardas, el enemigo se retiró.<sup>23</sup> Mientras tanto, a su derecha, aunque a costa de su misma vida, el General Mackenzie llenó al hueco en la línea dejado por la derrota de los guardias con una de las dos brigadas que componían su división. Hasta aquí, muy bien, pero por debajo del Cerro de Medellín no había nada – pese a toda la fanfarronería de Aitchison, aunque es verdad que las brigadas de H. Campbell (la de los guardias), Langwerth y Lowe (las de la Legión Alemana del Rey) por fin se reorganizaron y volvieron a la lucha, en aquel momento estaban enteramente deshechas - y entonces, a falta de otro remedio, tuvo Wellington que ordenar al más fuerte de los batallones que guarnecía aquella eminencia a bajar en un intento de contener al avance enemigo. Pareció un gesto inútil – la unidad en cuestión (el Regimiento No. 48 o sea de Northamptonshire) tenía solamente unos 700 hombres – pero otra vez los franceses se mostraron tan cansados como poco dispuestos a enfrentarse al fuego inglés. Se pararon, entonces, y, después de mantener un intercambio de descargas durante varios minutos, retrocedieron a sus posiciones originales (aquí hay, por desgracia, que confesar que no existe ni un solo relato personal de estos encuentros: vemos, pues, que reconstruir la historia de las batallas por medio de los escritos de los testigos presenciales no es posible todo el tiempo).

Con el fracaso de este ataque la batalla se aquietó en el sector principal, pero hasta los últimos instantes aumentaron las bajas. Una de las víctimas fue Samuel Whittingham: ‘Estaba en el proceso de dar una orden a uno de los batallones cuando una bala de mosquete me golpeó en la boca, arrastrando a un gran número de mis dientes, rompiendo la mandíbula y saliendo justo detrás de mi oreja. Me quedé medio inconsciente y cubierto de sangre, pero conseguí mantenerme a caballo.’<sup>24</sup> También herido fue Anthony Hamilton que sufrió una fractura en el cráneo como consecuencia de la explosión de un obús, mientras que en el Cerro de Medellín Thomas Bunbury vio una bala destrozar la parte inferior de la cara del coronel de su regimiento y luego coger de flanco a la compañía ligera de su batallón matando o hiriendo a varios individuos a la vez. Y no había terminado el día todavía. Al norte del Cerro de Medellín, después de algún retraso, la infantería del General Ruffin se había puesto en movimiento, seguida por una brigada de la división del General Villatte y alguna caballería. Con 10.000 españoles bloqueando la salida del valle y una fuerte guarnición inglesa protegiendo el cerro mismo, es difícil saber qué resultados se podían esperar, y en efecto los franceses pararon su marcha después de una distancia muy corta. Pero siguió un episodio

---

<sup>23</sup> Wray, *Military Adventures*, p. 23.

<sup>24</sup> *Cit.* Whittingham, *Memoir*, p. 99.

para el que hay muy poca explicación. Quizá Wellesley pensó que no podía fiar en la firmeza de sus aliados españoles o quizá calculó que la división de Ruffin estaba tan cansada que huiría a la menor amenaza. Cualquiera que fuera la razón, una brigada de caballería ligera inglesa que también se había enviado más allá del Cerro de Medellín recibió la orden de cargar sobre el enemigo. Fue un error tan trágico como innecesario. La infantería francesa se mantuvo firme frente a la carga británica, que en todo caso se desordenó bastante al cruzar el curso de la Portiña, mientras que los pocos jinetes que llegaron cerca de los cuadros fueron arrollados por la división de dragones que apoyaba a Ruffin. Por una vez, entonces, el gran caudillo británico había calculado muy mal. Como testigo de lo que pasó podemos citar una carta escrita por un oficial del Regimiento de Dragones No. 4 llamado Norcliffe Norcliffe: 'Mi regimiento se desplegó en un cerro [el de Medellín] y la brigada de caballería estaba abajo en una valle. Después de una hora y media, toda la caballería recibió orden de cargar al enemigo: el Regimiento de Dragones Ligeras No. 23 iba al frente. Había un gran arroyo entre nosotros y el enemigo, y muchos soldados del Regimiento No. 23 cayeron al cruzar aquel obstáculo. Habiendo una inmensa columna de franceses por detrás de él, perdieron casi la mitad de su número en diez minutos. Ver a tantos pobres hombres y caballos caer, algunos con piernas rotas, etc., fue verdaderamente asombroso. La brigada de caballería pesada cargó en seguida, pero se nos paró antes de llegar al arroyo y después de esto retrocedimos bajo un cañoneo tan pesado como nunca se había oído. Tuvimos mucha suerte en perder solamente tres hombres muertos y trece heridos.'<sup>25</sup>

Aparte de algún tiroteo, esta acción puso fin a la batalla de Talavera: aunque Victor quiso preparar otro ataque, José y Sebastiani se mostraron en contra, y después de algunas horas el ejército francés empezó a evacuar el campo de batalla. A los vencedores, entonces, les quedó el problema de cuidar de los miles de víctimas de los combates – un total, sumados los franceses, de unos 13.000, aunque hay que decir que muchos de los heridos invasores fueron evacuados a Madrid - los cuales presentaron una vista verdaderamente lamentable. El Capitán George Wood estaba con el otro 'batallón de destacados':

La noche empezaba a dejar caer su cortina oscura entre estas dos fuerzas mortales  
... Por un tiempo estuve muy cansado por falta de comida, porque la carne a medio cocinar que teníamos con nosotros estaba ya tan llena de gusanos que no se podía comer de ella mas que un trozo pequeño; le di, entonces, mi porción a un

---

<sup>25</sup> Carta privada de Norcliffe Norcliffe, 18 de agosto de 1809. Debe el autor el conocimiento de este documento, por no decir el permiso de utilizarlo, a Gareth Glover, al cual se lo agradece de nuevo. Este testimonio es muy importante: se ha sugerido que el problema presentado por la Portiña fue una invención posterior, pero aquí tenemos un testigo presencial.

hombre a mi lado, y, no teniendo los mismos escrúpulos que yo, la comió en un instante ... En este estado ... dormí algunas horas tan profundamente como si reposara sobre la cama mas blanda. Al amanecer uno de mis hombres me despertó de mi sueño, pero lo hizo solamente con alguna dificultad ... Formamos armas en mano otra vez, pero pareció que el enemigo había tenido bastante, pues ... él había tomado la ocasión de retirarse de la escena de la acción bajo la protección de la noche ... Sin embargo, oímos unos pocos tiros, y al poco descubrimos que venían de varios españoles que estaban matando a los heridos franceses. En consecuencia se envió un oficial y veinte soldados para proteger a estos infelices y recogerlos en un solo sitio. Fue este un deber sumamente desagradable: las escenas de horror que vi en este momento, no las puedo describir ... pero hay una cosa que no puedo evitar mencionar. Pasando por el arroyo donde los combates habían sido más feroces, percibí que una cantidad de hierba alta había prendido como resultado de las chispas de las armas, y que los pobres individuos que habían caído allí, heridos y sin poder escaparse, habían perecido en las llamas; presentando toda la apariencia de cerdos asados.<sup>26</sup>

Cerca de esta misma zona estaba el Regimiento No. 61. Son las palabras de sus supervivientes harto tristes. ‘Se nos ordenó apilar nuestras armas y enterrar a los muertos,’ escribió Samuel Wray. ‘Lectores míos, se romperían sus corazones al oír los suspiros y lamentos de los hombres heridos y moribundos. Se les evacuó sobre nuestras espaldas: el número les haría estremecerse.’<sup>27</sup> Y aquí tenemos Andrew Pearson:

Sir Arthur ordenó al ejército quemar a los muertos en vez de enterrarlos. Esto fue ciertamente un medio más fácil de despedirnos de nuestras camaradas, pero a la vez a no pocos de nosotros nos fue también más repugnante ... Estaba a punto de escribir una lista de los muertos, heridos y desaparecidos de mi compañía sobre el apoyo representado por mi mochila, cuando vino el sargento mayor ... y me dijo que se me había nombrado sargento de ordenanza ante el comandante en jefe, y que tenía que presentarme en el cuartel general en seguida para empezar mis nuevos deberes ... No perdí tiempo en salir para Talavera, pero, al entrar en el pueblo, se me presentó la vista más espantosa. Apilados indiscriminadamente en montones, muertos y heridos estaban tendidos en largas hileras a cada lado de las calles, el único espacio que no se ocupó por cuerpos era un pasaje estrecho que se

---

<sup>26</sup> Wood, *The Subaltern Officer*, pp. 88-91.

<sup>27</sup> Wray, *Military Adventures*, p. 24.

había dejado libre para facilitar el paso de los vivos. El primer hombre que llamó mi atención fue un cabo de mi misma compañía. Le había abierto su estómago una pieza de metralla y estaba arrastrándose a lo vago, sujetando sus intestinos en sus manos cerradas. Sin embargo, no consiguió cubrir gran distancia antes de que, sobrecogido por el dolor y el cansancio, cayera a la tierra y expirara al instante. Unos momentos después encontré a otro compañero que tenía una herida seria en la pierna, pero, cuando intenté hablar con él, le encontré casi inconsciente. Los gemidos de los heridos fueron los únicos sonidos que saludaron mis oídos, y fueron tan penosos que todos los hombres que andaban por las calles parecían abrumados con el llanto y el horror.<sup>28</sup>

Con esta triste escena – en palabras del Duque de Wellington mismo, ‘La única cosa peor que una batalla ganada es una batalla perdida.’ - terminamos nuestra reconstrucción de la batalla de Talavera. Antes de llegar al fin de esta ponencia, sin embargo, hay que ofrecer unas palabras de matización. En primer lugar, casi no hace falta decir que el foco de la ponencia ha estado en el ejército británico (y cuando se dice ‘británico’, quiere decir ‘británico’: no luchó ni un solo portugués en Talavera). Al adoptar este foco la intención no ha sido ofender a nadie, sino simplemente reflejar el hecho indudable de que el grueso del combate cayó sobre los soldados del aquel entonces Sir Arthur Wellesley, hecho que se refleja en una manera bastante fiel en las bajas de cada ejército: 4.594 británicos (de 20.194 combatientes) frente a solamente 1.201 españoles (de 32.000 combatientes). Aquí no hay ningún desprecio: fue la discrepancia el resultado de una situación en que los franceses casi no atacaron al sector de la línea aliada defendido por los españoles, mientras que, no obstante el pánico que afectó a algunas unidades la tarde del 27, en palabras de nada menos que Sir Charles Oman, ‘Los españoles tuvieron poco que hacer el 28 de julio, pero lo que tuvieron que hacer se hizo muy bien.’<sup>29</sup> Pero, por todo esto, es imposible evitar los hechos, y, así, a la vez es tanto más grato tener la posibilidad de conocer tan de cerca a algunos de los soldados de Wellesley, por no decir tener la posibilidad de reconstruir en tanto detalle las experiencias por las que pasaron hace exactamente dos siglos. Incluso si aceptamos que los hechos que siguieron – el abandono de la marcha sobre Madrid y el sinfín de controversia y malentendidos que dificultó las relaciones anglo-hispanas por tanto tiempo después – constituyó una gran desilusión, sus realizaciones en el campo de batalla misma fueron verdaderamente extraordinarios. En las palabras de Oman otra vez, en Talavera, ‘16.000 infantes británicos sostuvieron y rechazaron los ataques de 26.000 infantes

---

<sup>28</sup> Haley, *The Soldier who Walked Away*, pp. 71-2.

<sup>29</sup> C. Oman, *A History of the Peninsular War* (Oxford, 1902-1930), II, p. 555.

franceses.<sup>30</sup> Es, entonces, un gran honor conmemorar su memoria hoy en el lugar donde tantos murieron, pero, para terminar me parece mejor recurrir a las palabras no de algún británico, sino de un español, si bien un español no muy conocido. Se trata de Juan Gabriel de Moral Villalobos, un hacendado andaluz del pueblo malagueño de Fondón, que, a la hora de escribir sus memorias, fue de esta manera como recordó a los *redcoats*: ‘Estas tropas siempre aventajaron a las nuestras en cuantas batallas se presentaron, sea por lucir su pundonor en país extraño, sea por su mayor disciplina, o sea por el odio eterno que profesan a los franceses. Lo cierto es que jamás volvieron la espalda a sus enemigos. Eran frecuentes los encuentros y funciones sangrientas y en todas ellas lucieron los ingleses y aventajaron en valor y constancia.’<sup>31</sup>

This text has been corrected by Sr D. José Manuel Rodríguez Gómez, who is a member of the committee that was assembled at Talavera de la Reina to co-ordinate the town’s commemoration of the battle and a contributor to L.F. Peñalver (ed.), *Talavera 1809: la Batalla, la Ciudad, sus gentes* (Talavera, 2009). An excellent work, this is thoroughly recommended as an alternative perspective on the battle.

---

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 554.

<sup>31</sup> V. Sánchez Román (ed.), *Las memorias de un alpujarreño: Don Juan Gabriel del Moral Villalobos entre Fondón y Berja, 1796-1826* (Mojácar, 1999), p. 75.